

UN PIONERO LITERARIO DEL NUEVO MUNDO

✎ MICHAEL KÖHLMEIER

✎ TRADUCIDO DEL ALEMÁN POR JOSÉ ANTONIO SALINAS

Ningún libro he leído con más frecuencia que Las aventuras de Tom Sawyer: sólo en mi infancia lo leí unas diez veces. Fue el primer libro que leí —en las vacaciones—, y cuando lo había terminado, comenzaba desde el principio; así una y otra vez hasta que en otoño la escuela puso fin a esta no-vida inquietante y adictiva. Durante un verano había vivido en San Petersburgo, un pequeño pueblo a orillas del Mississippi, me había movido entre su gente —la tía Polly, Muff Potter, el juez Thatcher, el indio Joe, Ben Rogers, Joe Harper, la viuda Douglas—; en su mundo me había sentido más en casa que en la calle donde vivía yo y todos mis amigos, y no había percibido la descripción de este mundo como irónica, satírica, sino que la tomé por realista, donde los sueños y las supersticiones eran tan reales como pintar las cercas o visitar una escuela dominical.

Las aventuras de *Huckleberry Finn* las leí más tarde; la biblioteca de préstamo de nuestra comunidad no contaba con este título. El libro yacía como regalo navideño bajo el árbol de Navidad; mi padre dijo que era el mejor de los dos. Lo leí con avidez... y me decepcioné. No porque no me gustara el protagonista —¡todo lo contrario!—; tampoco porque me haya desconcertado que el mismo Huck contara su historia y no un tal Mark Twain; sino porque en las aventuras de Huck conocí a otro Tom. Cuando leí el libro de Tom había creído en sus sueños, y no dudé que él también creía en ellos; y yo había creído en mis propios sueños, a los que él me animaba. Las narraciones de su amigo *Huckleberry* me dejaron dolorosamente en claro que había dos tipos de personas: aquellos que soñaban sin creer realmente en esos sueños, y aquellos que tuvieron que sufrir a causa de precisamente esos sueños.

TREINTA MONEDAS DE PLATA PARA LA TRAICIÓN A LA FANTASÍA

Cuando al final del libro de Huck, Jim, el esclavo prófugo, es encerrado en un galpón por ciudadanos peligrosamente indignados, Tom decide liberarlo. Huck debe ayudarlo. Trabajando arduamente de día y de noche, cavan un hoyo bajo la puerta. Eso no sería necesario. Se podría hacer de una manera más sencilla. Simplemente se podrían abrir las puertas con un poco de destreza. Pero Tom quiere seguir forzosamente la dramaturgia de las novelas de terror europeas. Según él, ahí puede leerse cómo ha de liberarse a los prisioneros. Huck no sabe leer, no tiene idea lo

que significa la lectura. Admira a Tom y cree en él. Además, Tom lo amedrenta atizando sus temores supersticiosos. Pero después nos enteramos de lo que Tom sabía desde hace mucho: que Jim había sido puesto en libertad por su dueña desde hacía semanas. Sería la obligación de Tom avisar sobre ello, pues los ciudadanos ven al “nigger” como a un prófugo y, además, como a un asesino. Existe un alto riesgo de que Jim sea linchado. Tom acepta la posibilidad de un final catastrófico, oculta la verdad porque al menos quiere insistir por un par de días en su romanticismo, en el que él mismo ya no cree.

Eso me amargó. En ese momento yo, que después de 300 páginas me había encariñado de Jim y había leído, entre tanto, otros libros, me di cuenta de que Tom, a diferencia de Don Quijote, su alma gemela, no estaba dispuesto a renunciar a la realidad por sus sueños sagrados, a reemplazar la realidad por sus sueños, sino que se conformaba con simplemente imaginárselos; que nunca había creído completamente en sus sueños acerca de *Ivanhoe* o el Conde de Montecristo; que él los descubría como disparates y excrecencias de una fantasía histórica y tan solo quería jugar un poco más con éstos. El comentario lacónico de Hucks: “Tom le dio a Jim cuarenta dólares por haber sido tan paciente como nuestro prisionero y haber jugado muy bien su papel”. Para Jim no se trataba de ningún juego, y cuarenta dólares son apenas diez más que treinta monedas de plata.

Durante muchos años ya no me asomé al *Tom Sawyer*, tan sólo leí *Huckleberry Finn*.

LA LITERATURA PROVOCA LA GUERRA

Antes de 1861 (antes del comienzo de la Guerra Civil), el sur de los Estados Unidos era una “Tierra de Walter-Scott” —con ello Mark Twain se refería a la mentalidad, según él, del todo romántica de los estados situados al sur de la Línea Mason-Dixon, que obtenía su energía y atractivo sobre todo de las novelas de Walter Scott; una mentalidad que en las personas de todas las clases sociales, sí, incluso en los esclavos, determinaba la visión de las cosas, las relaciones mundiales y la vida hasta en su rutina diaria. En realidad, hoy en día uno difícilmente puede imaginarse que la literatura novelística sea capaz de provocar tal delirio colectivo. En una exageración irónica, Mark Twain culpa a las novelas scottianas de la Guerra Civil, debido a que éstas habían forjado férreos empecinamientos de los ya de por sí dudosos ideales de su país, adictas al hundimiento, enamoradas de la derrota como el verdadero triunfo moral. El gran hombre del norte, Abraham Lincoln, también vio una de las causas de la guerra en una novela, a saber, *La cabaña del tío Tom*, que había propagado la infamia del racismo en el país y en el mundo. En el primer año de la Guerra Civil habría recibido a la autora Harriet Beecher Stowe, a quien saludó con las siguientes palabras: “So this is the little Lady who started this big war.”

Once años después de haber terminado la Guerra Civil apareció *Las aventuras de Tom Sawyer*. Cuando se repara en los estragos que ocasionó esta guerra en cuatro años —y por cierto exclusivamente en los estados confederados—, uno se asombra que en el libro haya tan pocos rastros de ello. 650,000 era el número de muertos a lamentar, el sur estaba destrozado: económica, política y psicológicamente. Se había hundido un mundo. Al hombre se le había usurpado el orgullo, la fe y el pasado. De eso no se advierte nada en las narraciones de Tom y Huck.

NIÑO SIN PADRE Y MADRE

Bueno, Mark Twain cuenta de su propia infancia y juventud, la cual vivió antes de la guerra en la pequeña ciudad de Hannibal a las orillas del Mississippi. Pero él es una cabeza demasiado política, está demasiado arraigado a su presente, comprometido de manera demasiado concienzuda para con el presente como para haberse conformado con un idilio nostálgico. Tom es huérfano. Se guarda silencio sobre sus padres, sobre su vida, así como sobre las condiciones de su muerte. Tom se cría con su tía Polly. También Huck carece de madre. Su padre es un fracasado que no es capaz —o ya no lo es más— de integrarse en la sociedad. ¿Qué sucedió en la vida de esta gente? Mark Twain podía fiarse de que sus lectores estadounidenses complementarían lo que él dejaba de lado a partir de sus propias experiencias, de que ellos trasladaran a su tiempo lo que provenía de otra época.

Después de la guerra había ejércitos de niños vagando. Todos los horrores habían sucedido en el sur, pues en el área de la Unión no había tenido lugar prácticamente ningún combate. Quien no desea conformarse con datos tan pobres, lea *Tales of Soldiers and Civilians*, del para nosotros demasiado poco conocido Ambrose Bierce que participó en esta guerra del lado de la Unión, y que informó de ella en imágenes de pesadilla, imágenes que no se olvidan porque regresan por las noches. Tal vez Tom es —haciendo una torcedura anacrónica— uno de esos niños que en la guerra perdieron a su padre y a su madre, que mudos y sordos, con los ojos desorbitados porque sus párpados han fracasado en su función, fueron encontrados entre escombros. ¿Acaso no se parece el padre de Huck a numerosos veteranos a quienes la guerra enloqueció debido a que vieron y perdieron todo? Él, que normalmente habla demasiado, no cuenta nada de su esposa, nada de los primeros años de Huck. Nuestros pequeños héroes carecen de

EL PEQUEÑO MARGINADO HUCKLEBERRY FINN, SIN EDUCACIÓN Y NI SIQUIERA MUY VIVO, ES LA PRAGMÁTICA RESPUESTA ESTADOUNIDENSE A LA FILOSOFÍA DE JEAN-JACQUES ROUSSEAU

pasado, de recuerdos, comienzan su vida a partir de una tabula rasa —lo que por supuesto no significa que sus oportunidades sean las mismas.

Desde entonces los niños abandonados o completamente huérfanos son un tópico de la literatura estadounidense, desde los niños traumatizados de Henry James y los tipos enfocados en ascender de posición de William Dean Howell, sin olvidar los cuentos de “Nick Adams” de Ernest Hemingway, hasta las historietas de Walt Disney, en donde no hay ningún padre, ninguna madre, sólo tíos y tías.

UNA RESPUESTA LITERARIA A JEAN-JACQUES ROUSSEAU

Abraham Lincoln, cuya elección como Presidente motivó la salida de la Unión de una gran parte de los estados del sur, había definido como objetivo principal de la guerra la abolición de la esclavitud. Con ello se daba a los disidentes la razón, no sólo ideológica, sino sobre todo económica, para la guerra, pues la economía del sur se basaba en la explotación de la población negra. Lo que por cierto condujo a los intelectuales a una situación esquizofrénica, ya que estaban del todo conscientes de que seguramente no era posible poner en consonancia su existencia con las sublimes exigencias de la Ilustración, que finalmente también deseaban fijarse como meta. Cien años antes de la guerra, Thomas Jefferson ya lo había resumido en una imagen impresionante: “Cabalgamos el tigre y no podemos ni mantenernos eternamente en la silla de montar ni descender. En un platillo de la balanza se encuentra la justicia, en el otro la supervivencia.” De este conflicto la gente se refugió en los mundos imaginarios de un Walter Scott o de un Alexandre Dumas, donde incuestionablemente se mostraba lo que era honor, nobleza, justicia y, sobre todo, lo que era un lugar en la sociedad deseado por Dios. La gente actuaba como si la tragedia de su existencia fuera literatura, mecida y dirigida por un autor omnisciente. Deseaban ser personajes literarios, no, querían actuar como si lo fueran.

Contra esta actitud escribió Mark Twain. El pequeño marginado Huckleberry Finn, sin educación y ni siquiera muy vivo, es la pragmática respuesta estadounidense a la filosofía de Jean-Jacques Rousseau; él desenmascara con sus modestas historias todas las palabras sublimes en tanto ideología: embustera, intolerante, ajena al mundo, asesina.

¿La alternativa? Desde el norte habla con voz aguda, fanática y fistulosa el yanqui adicto al trabajo, codicioso y puritano. Él predica la libertad. Pero la libertad es un concepto de doble filo: un concepto romántico, sí; pero justamente también uno económico, como lo analizó Marx, en el sentido de: poder disponer libremente de su propia mano de obra, es decir, tener que venderla para vivir. Muchos de los esclavos liberados se mudaron al norte con la esperanza de poder llevar ahí un vida libre de racismo. Se integraron al proletariado de las ciudades, conformaron no pocas veces el ejército industrial de reserva, que a los capitalistas les vino de perlas, porque éste hizo que descendieran los sueldos. La alternativa de la esclavitud no era la libertad, sino el trabajo libre remunerado.

TOM, UN CABALLERO DEL SUR

Tom Sawyer representa el sur, el “virginiano” —esta es la intención satírica de su creador. Esta intención, como no la comprendía, me confundió de niño. La sátira como instrumento del moralista juega siempre con la pregunta: ¿Qué pasaría si? Y: ¿Cómo podría continuar? Así tal vez: Tom se volverá adulto y verá sus sueños, también los malos, como a sus nietos, indulgente, moviendo la cabeza en señal de desaprobación. Al preguntársele sobre su origen, no citará el juicio de su creador Mark Twain sobre el país a orillas del *Ol’ Man River*, sino tal vez a James Fenimore Cooper, un yanqui empedernido que anuncia con gran pose de triunfador: “En lo que concierne a cultura y educación, los caballeros del sur son superiores a todos los demás.” Ya no se es caballero del sur porque no existe “el sur”. Pero de pasada se menciona con mucho gusto que se desciende de los de ahí abajo.

Sí, Tom sin duda se incorporará al victorioso norte, porque el norte representa la razón y porque ofrece muchas oportunidades, y porque, lo que ahí signifique oportunidades, fácilmente se deja calcular en dinero. Tom traicionará con un encogimiento de hombros el pesimismo elegíaco del sur y preferirá ver en el cine el esplendor de heroicas derrotas. Tal vez la tragedia dulce un poco el alma, pero sólo pasajera y sólo cuando al mismo tiempo no abarca al hombre completo —se quiere leer sobre el Gran Gatsby, pero de todos modos se desea ser otro, de preferencia una figura no literaria. Tom Sawyer se ha emancipado de Mark Twain yéndose a la realidad y, con ello, a la insignificancia.

SABINOSAURIO

¿Y qué será de Huckleberry Finn? ¿Un alcohólico *underdog* como su padre? ¿O ahora sí aceptará la oferta de la sociedad de convertirse en un joven decente y bien vestido? No es muy probable. Sus últimas palabras: “La tía Sally me quiere adoptar y civilizar, y eso no lo soporto.”

EL MANIPULADOR Y EL PRAGMÁTICO

Hay dos episodios —uno en el libro de Tom, otro en la historia contada por Huck— que se pueden comparar y que seguramente Mark Twain también pretendía compararlos: las dos aventuras en la Isla Jackson. En el primer episodio se cuenta de Tom, Huck y Joe Harper, que han huido de su casa y se esconden en la isla del Mississippi. Tom se entera de que en el pueblo los muchachos son tenidos por muertos, se cree que se han ahogado; y se entera de que el domingo se planea una misa de réquiem para ellos. ¡Qué gran triunfo! ¡Tom quiere celebrar su —sobre todo su— resurrección ante toda la ciudad! Quiere entrar a la iglesia como vencedor. Completamente en consonancia con los sueños e ideologías del glorioso sur, ve en la muerte heroica la mayor de las glorias. Pero él quiere ambas, la gloria y la vida. La vida es pragmatista, y así está bien. Finge estar muerto. Quiere disfrutar el duelo de los otros, el duelo de ellos es la medida de su gloria. ¿Pero de qué sirve la gloria si no se puede disfrutar? Con mucho gusto dejamos que otro muera en lugar de nosotros. ¿Por qué no el fantasma de nuestro yo?

Es natural que a Huck no le importe mucho todo ese teatro. Él no tiene a nadie que pueda dolerse por él. No entiende por qué uno quiere ser tenido por muerto, si finalmente ya no quiere ser tenido por muerto. La gloria no significa nada para él. Con ello Tom nunca lo ha podido atraer. Él le teme a los espíritus y fantasmas, a las verrugas y al diablo. Tom no cree en estas cosas sobrenaturales, o sólo un poco. Chantajea a su amigo inventando historias de fantasmas. Tom maneja bien el arte de guiar a la gente, dirigirla... manipularla.

Huck nos cuenta en su historia que él también ha huido a la isla y ha escenificado su propia muerte. Pero quería ser tenido por muerto, y de una vez por todas. Quería liberarse de su padre y de todas las persecuciones de la civilizada San Petersburgo. Deseaba ser olvidado. De manera definitiva. Sacrificó a un puerco, sumergió su chamarra en la sangre, se arrancó cabellos y los esparció encima. Él, que siempre permaneció fuera de la sociedad, rompió con todo. Se juntó con Jim, el esclavo fugado. Por el Mississippi se salieron del mundo... directamente a nuestros corazones.

No, Huck no es apropiado para la sátira, y mucho menos para los sueños y la cursilería romántica. Aunque la superstición lo acompaña cada hora de su vida, sigue siendo un pragmático; quizás justamente por eso: contra la noche sólo hay un remedio: el día. Y así la literatura estadounidense debe su existencia a este joven de trece años, Huckleberry Finn. Eso lo sabían los escritores mucho antes de que Hemingway lo expresara.



LA VIDA REAL: EN RUINAS

Al final de su vida, Samuel Langhorne Clemens alias Mark Twain era el escritor estadounidense más conocido. Los lectores lo amaban, los colegas lo apreciaban. G. B. Shaw estaba convencido de “que el futuro historiador estadounidense encontraría su obra igual de imprescindible que un historiador francés los tratados políticos de Voltaire”; Rudyard Kipling revistió el nombre de Twain con el atributo “divino” y lo emparentó con Cervantes (lo que supone una mayor exaltación); incluso el malhumorado de Knut Hamsun, que lo llamó de manera algo despectiva “bromista genial”, lo envidiaba por su talento para la comicidad paradójica (algo así como: “El hombre era tan pequeño que tenía que subirse a la silla para rascarse la cabeza”).

Sin embargo, la vida privada de Twain yacía en ruinas. Una aventura empresarial, es decir, la participación en una editorial, fracasó, lo cual lo forzó a emprender prolongados viajes por todo el mundo para dar lecturas. Intentó vincularse de nuevo al éxito de su saga para niños y escribió, a manera de continuación, las novelas *Tom Sawyer Abroad* y *Tom Sawyer Detective*, libros flojos con los que arriesgó la gloria literaria de su héroe. Al final estaba solo y amargado. Dos de sus hijas habían muerto, lo mismo que su esposa. Sin embargo no deseaba ceder a nadie la configuración de su gloria póstuma. Contrató a un biógrafo y le dictó la historia de su vida. Él, el demócrata ilustrado, el convencido anti-romántico, el gran cantor de la idea estadounidense, riñe allí con

su país, duda de las esperanzas que había asentado antiguamente en los tiempos de la industrialización, injuria a sus amigos, se desespera de la vida. En su última obra narrativa, *El forastero misterioso*, publicada apenas seis años después de su muerte, deja decir a su protagonista: “No hay Dios, ni universo, ni humanidad, ni vida terrestre, ni cielo, ni infierno. Todo es un sueño, un sueño grotesco y estulto. Nada existe, sólo tú”.

Mark Twain murió el 21 de abril de 1910 en su casa en Redding, Connecticut. Vivió 75 años.

